

que restaba de padecer, en la ingratitude humana, y en los pocos que se habian de salvar despues de tanto padecer, y de tan copiosa redencion, suficiente á salvar millones de mundos; y muy en particular debes entender, que lo que tenia al Señor en aquella triste suspension eran las ofensas de los predestinados. Piensa tú que por su gran misericordia eres uno de estos, y que tus rebeldías las tenia presentes claramente su divina Magestad, y eran parte de su congoja y afliccion: que postrado allí á sus plantas le pides perdon, y propones no darle mas disgusto en tu vida.

MISTERIO QUINTO.

De cuando en el Monte Calvario fué crucificado el Hijo de Dios.

337. CONSIDERA cómo habiendo barrenado la santa cruz, le mandan al Señor de la Magestad aquellos impíos que vaya y se tienda sobre ella. Obedece el Señor al punto, y sin dilacion. Considera esta obediencia, y dile á tu alma: mi Dios obedece á unos crueles verdugos, y con obediencia tan costosa; ¿y tú no obedecerás á Dios y á sus ministros, aunque te manden cosas muy dificultosas? Llegó el Señor á la cruz, y tendió en ella su santísimo cuerpo. Considera aquellas divinas espaldas tan hinchadas, heridas, desolladas y enconadas de manera que era tocarle en ellas como si tocaran en las niñas de los ojos, y el madero tosco y por labrar. ¡Mira qué sentimiento y qué dolor! Y considerando esto, dile á tu carne: mira la cama en que se acuesta tu Dios, llagado de muchas y mortales heridas; ¿y tú sana y buena buscas cama blanda y regalada? Arrimaron cuatro verdugos cuatro astas al sacrosanto cuerpo para tenerle sobre el madero; porque como era redondo no podía mantenerse encima sin que le tuviesen por los lados. Cogió el uno la mano derecha, como dice nuestra Señora á Santa Brígida, y afirmándola sobre el barreno, cogió el otro un clavo y un martillo, y arrimándolo á la mano por junto al juego de la muñeca, le dió un golpe con el martillo, y tras de aquel otros muchos, hasta que el clavo acabó de atravesar el brazo de la cruz, y se clavó en la

tierra. Considera el dolor del Señor, y como así que el clavo pasó la mano, rompiendo los nervios, y rasgando las venas, todo el santísimo cuerpo dió como un salto arriba, y se quedó en un temblor mortal, con el cual al repetir con el martillo los golpes, se iban encogiendo los nervios, saliendo un copioso arroyo de sangre.

338. Considera cómo habiendo clavado la mano derecha, dice nuestra Señora á Santa Brígida, y tambien lo dice San Buenaventura en sus meditaciones, que por haberse encogido los nervios, le ataron una sogá á la misma mano derecha que estaba clavada, asegurándola para que no se desgarrase, tirando por la otra, y luego asiéron con un cordel la izquierda; y haciendo hincapié en el brazo de la cruz, tiraron con tanta fuerza, que le descoyuntaron los dos brazos por las coyunturas con crueldad indecible, y le desencajaron los huesos del pecho, con tanto sentimiento y dolor, que dijo nuestro Señor á Santa Catalina de Sena,* que fué este para su divina Magestad el mas sensible dolor que padeció en toda su pasion santísima. Considera cómo ya que lo hubieron descoyuntado todo, llegó al barreno la mano, y asegurándola fuertemente un verdugo, cogió otro clavo grueso y largo como el de la otra mano, y con repetidos golpes del martillo clavó la mano santísima, y así quedaron aspados los divinos brazos con inmenso dolor; y esta vehemencia de dolores no la has de considerar solo en las clavadas manos, sino tambien en las coyunturas de los brazos y hombros, apartadas, y en el pecho abierto; y en donde has de cargar mas la consideracion es en aquel divino corazon, que no solo padecia mortales angustias por la abertura del pecho, que es el muro que lo defiende y conserva; sino que de las manos, comunicándose el dolor por los nervios y venas, y de una y otra al corazon que está en medio, era atravesado con tan vivas lancetadas de dolor, que es imposible ponderarlo; y así debes entender que por instantes agonizaba, y se quedaba como muerto; y á todo esto lo que llegaba á sus santísimos oidos eran blasfemias, oprobios é injurias.

339. Considera cómo con el martirio de las manos y brazos se encogió todo el cuerpo santísimo, las rodillas, los muslos y la cintura, y así estuvo encogido todo aquel tiempo; y con los accidentes de muerte que le daban se enfrió como si

* In ejus vita, lib. 2. cap. 2.

estuviera realmente muerto, y con esto no llegaban los piés ni con mucho trecho al barreno: por lo qual, como contemplan algunos,* le pasaron al Señor una sogá por debajo de los brazos, y sacando las dos puntas por sobre el pecho y rostro santísimo, sentados en el suelo dos verdugos, y afirmándose con los piés en la cruz, aseguraron así las manos; y luego los otros, atándole á cada uno de los piés una sogá, tiraron con tanta crueldad, que le descoyuntaron todo el divinísimo cuerpo, los tobillos, rodillas, cuadriles y costillas, de manera que no quedó en todo él hueso con hueso; que es de los mas crueles martirios que puede inventar el demonio.† Luego habiendo con esto llegado los piés al barreno, pusieron el siniestro sobre el derecho; y cogiendo dos clavos larguísimos y gruesísimos clavarón el primero por arriba junto al empeine del pié, y el otro por mas abajo, hácia los dedos. Aquí debes entender con grande consideración la grandeza de este dolor; y lo primero has de advertir lo que dice San Buenaventura, que ántes de clavarle los piés, como son partes tan duras y nerviosas, primero se los barrenaron con un hierro largo, para que despues, hallando el clavo herida abierta, no resbalase al tiempo de clavarlo. Lo segundo que has de considerar es, que aun con toda esta crueldad que usaron aquellos verdugos, como eran tan gruesos los clavos, por mucha fuerza que hiciesen con el martillo, no habian de poder pasar los piés con uno, dos ó tres golpes; y así, dice Lanspergio, tratando de la pasión de nuestro divino Maestro y Redentor Jesu Cristo,‡ que fué revelado á un varón santo, que en los piés le diéron treinta y seis martillazos, y con cada uno ya ves, que mas y mas se rompía la carne, los nervios y las venas. Lo tercero has de considerar, que aunque dicen muchos, que los clavos de los piés no fuéron dos, sino uno, y esto por la tradición antigua, que pinta un pié sobre otro; esto se compadece con lo que dice nuestra Señora á Santa Brígida, que no obstante que se los clavarón uno sobre otro, fué con dos clavos, arriba uno, y otro abajo. Considera aquí, cristiano, un tormento gravísimo; porque aunque el clavo que entró por los empeines de los sagrados piés, pudiese clavarse, sin pegarle las santísimas plantas á la sagrada cruz; pero el que se clavó mas abajo, forzosamente habia de doblar los piés, hasta pegar

* Sylv. tom. 5. lib. 8. cap. 13.
 ‡ Tract. de Pas.

† Incogn. Ps. cci.

las plantas al santo madero. ¡O cuántos golpes costó esta diligencia! ¡y cuántos serian los dolores que entónces padecería el soberano Jesus! Considera, hermano mio, el otro dolor; y es, que no le pusiéron, como piensan algunos, tabla, ni palo alguno debajo de los piés para clavárselos en él, sino en el mismo tronco de la cruz, y así quedó, como dijo San Pedro,* y Santa Brígida, suspendido en el aire, sin tener cosa alguna sobre que estribar, sino los mismos clavos. Ea, alma cristiana, ya tienes á tu Maestro, Redentor y Salvador, ya tienes á tu Dios acostado para morir: la cama es la cruz, la tarima el suelo, las almohadas las espinas, las sábanas el aire frio, que le penetra su lastimado cuerpo, los pilares de la cama cuatro clavos, el pabellon es el cielo, y los que le asisten y le velan son sayones y verdugos los mas crueles del mundo; los cuales, en vez de consolarle, no cesan de decirle blasfemias, injurias y afrentas. Harto campo tienes para explayar la consideración por todas las circunstancias de este tormento; pero no dejes de advertir una cosa, y es, que todos los pasados, aunque terribles, son mucho ménos dolorosos que este, porque tenia sumamente lastimados todos los huesos, nervios y venas, que son los órganos del sentido, y abrazan todo el cuerpo de piés á cabeza; y así vemos que el dolor de un nervio sujeta todo el cuerpo, que no le deja mover. Mira pues aquí rotos y lastimados todos los nervios y venas, y los huesos desencajados y apartados de las coyunturas, y verás un dolor de dolores cruelísimos, que coge el cuerpo, el cerebro, las entrañas y corazón; y así desde los piés hasta la cabeza, por de fuera y por de dentro está lleno de dolores incomparables.

340. Considera el dolor y la pena de la Reyna de los ángeles, en cuya presencia le hacian estas crueldades; y así reveló su Magestad á Santa Brígida su pena y dolor con estas palabras: cuando le clavarón el primer clavo á mi Hijo, con el primer golpe que le diéron con el martillo fué tan grande el dolor de mi corazón, que todo mi cuerpo temblaba horriblemente con un temblor amargo, que me salió de las entrañas. Por aquí podrás entender algo de la pena grande de su alma, y de la amargura de su corazón, cuando le vió de aquella manera clavado, descoyuntado, escarpiado, y con demostraciones de muerte. Y viendo así á la santísima Ma-

* Act. v. 30. Lib. Revel. cap. x.

dre, vuelve los ojos al Hijo; que en todas estas consideraciones todo el reparo se nos fué en ver la crueldad de los verdugos, y la grandeza de los dolores; ahora falta atender á lo que hacia en medio de tan terrible martirio. Dice San Buenaventura, que unas veces suspiraba con grande ternura, otras en voz baja se quejaba con gran dolor, otras levantaba al cielo la vista, y derramando muchas lágrimas, daba algunos clamores, y otras veces se quejaba como muerto, cubierto de un mortal sudor. Esto era lo que se veía por afuera, que allá dentro en su pecho era otra cosa; porque se ofrecía á su Padre con infinita humildad y resignacion: se ofrecía por los hombres en aquel sacrificio con infinito amor: rogaba por su Madre, por sus amigos y enemigos con infinita caridad, hasta por sus crueles enemigos, que le quitaban la vida.

341. Considera cómo clavado el Señor (es consideracion piadosa de algunas almas devotas;* y así te la pongo para no dejar cosa que te pueda mover á compasion de las que he leído): considera, pues, que para remachar los clavos ataron al Señor con una sogá por debajo de los brazos, y por los muslos con otra, y con ellas le fijaron á la misma cruz: hecho esto, la levantaron por un brazo, y la volviéron encima del Señor; y puesto boca abajo con el peso encima, que fué terrible crueldad, pusiéron debajo de cada clavo una piedra grande, y sobre ella remacharon las puntas de los clavos, que pasaban los brazos de la cruz: ahí puedes considerar al racimo de la tierra de promision estrujado debajo de la cruz, como en prensa de lagar: así lo habia significado ántes por su profeta. De este paso tan lastimoso pasa á considerar otro, que no lo es ménos, sí mayor; porque cuanto mas iba, mayores eran las invenciones del demonio, juntas con la humana crueldad, para afligir al Señor. Dice Andri-comio, que de la parte en donde crucificaron al Señor, hasta el hoyo en donde levantaron la cruz en alto, hay catorce pasos, y hasta aquí trageron al Señor clavado como estaba: y ahora considera tú cómo le llevaron los verdugos. ¿Te parece que cogiéron al Señor, y á la cruz sobre sus hombros para llevarla? Muy agenos estaban de este género de piedad; porque si en la calle de la Amargura le viéron casi muerto con ella, y no fuéron para quitársela de encima has-

* Nonus Penopolitanus in cap. xix. in Joan.

ta que vino el Cirineo; ¿cómo habemos de creer que ahora lo carguen juntamente con la cruz? Y así lo que puedes considerar es, que unos por los brazos, y otros por el pié de la cruz, la levantaron un poco del suelo, y así medio arrastrando, la cruz encima, y el Señor debajo, le llevaron hasta aquel parage, y así le dejaron caer de golpe en el suelo, y así le llevaron: mírale cuál va medio arrastrando, y dando por aquellas piedras y huesos con el cuerpo divino, y con el divino rostro: si le levantaban mucho del suelo, pendia el cuerpo sobre los clavos; y si le bajaban, le arrastraban. Si tú huyes de pensar esta crueldad, porque te parece demasiada, y quieres pensar, que remachados los clavos, volviéron á volcar la cruz, quedando el Señor encima, y la cruz debajo, ahí tienes mayor dolor; porque volcándose la cruz, no la volvieran poco á poco, sustentándola con sus brazos para que no diese golpe al caer; y así, dándolo atormentaba doblado al Señor; y luego se la tiraban arrastrando con las sogas, é iba saltando por las piedras, y se estremecía con vivísimos dolores el divino cuerpo: así, de cualquier manera que lo consideres, es paso de grandísimo dolor, compasion y lástima.

342. Considera cómo puesto el Señor junto al hoyo, donde se habia de enarbolar la santísima cruz, le levantaron en alto, asiéndola los unos con dos sogas largas por los brazos, y los otros arrimados al pié. Dice el venerable Antonio de Molina,* que llamaron á otros soldados para que los ayudasen, y que estos con alabardas y lanzas le ayudaron; y á esto añaden algunos contemplativos, que viendo los soldados que la cruz se iba á una y otra banda con los movimientos del sacratísimo cuerpo, le clavaron los regatones de las astas de las lanzas por debajo de los brazos, con tanta crueldad, que empezó, á gritar gran parte de la gente, y á llorar de compasion: y así uno por un lado, y otro por otro sujetaron el divino y sacratísimo cuerpo. Considéralo tú así piadosamente, que todo es creible de aquellos ministros de tinieblas. No habia quedado otra parte sin herida en aquel divino cuerpo; y aquellas que por ocultas se habian defendido hasta ahora, ahora quedan tan mal heridas. Mira qué alivio, y mira sobre qué estriba aquel sagrado cuerpo. Entró en fin el pié de la cruz en el hoyo, que como dicen muchos padres,

* Tract. de Pas. p. 2.

estaba hecho en una peña, y así que entró la dejaron caer de golpe; y como daba en piedra se estremeció todo el divino cuerpo, y empezó á temblar en todos los miembros, de manera que el verle era bastante á quebrantar los mas duros corazones del mundo. Este es el paso mas doloroso de su pasion santísima. Gran tormento fué el clavarle y descoyuntarle los miembros, y tambien el volverle boca abajo, y el levantarle en alto; pero en todas partes tenia á que arrimarse el santísimo cuerpo; mas aquí está en el aire, solo colgado de los clavos; si quiere estribar sobre los piés, los clavos no lo consienten, porque agravan el dolor: si sobre las manos, los clavos rompen mas y mas la carne santísima; si quiere mover el cuerpo á un lado ó á otro, cada movimiento le lastima hasta el alma, y así se está entre repetidos temblores, que estremecen el sacrosanto cuerpo en el aire, sin refrigerio ni alivio alguno; no tiene mas consuelo que morir, y acabar la vida en puros dolores, y sin el mínimo átomo de consuelo.

343. Considera cómo estando el Señor en el tormento de la cruz con la afliccion que queda dicha, los pérfidos Judíos le estaban mirando con tanta crueldad, que no solo no les causaba lástima ver á su divina Magestad en tantos tormentos y tantas penas; sino que con sus malditas lenguas, ya que con las manos no podian atormentarle mas el cuerpo, procuraban afligirle el alma. Unos escarneciendo y burlandose del Señor, meneando las cabezas, le miraban y decian así: ¿vos sois el que habíais de destruir el templo de Dios, y lo habíais de reedificar en tres dias? Si sois tan poderoso, libraos de esa cruz. Otros decian: ¿no es este el que libró á otros de la muerte? Pues cómo á sí mismo no se libra? Y otros decian estas palabras: ¿no decian que era Rey de Israel? Ea pues, bájese ahora de esa cruz si puede, y con eso le creéremos. Otros decian: ¿no blasonaba de que era Hijo de Dios, y tenia gran confianza en él? Pues veamos ahora como le libra. Esto y mucho mas decian aquellos impíos sacerdotes, pontífices y fariseos, mofando y haciendo burla del Señor: y no solo ellos y otros muchos con ellos, sino hasta los mismos ladrones que tenian crucificados á los lados, le blasfemaban, y decian: si es verdad que eres Hijo de Dios, líbrate á ti y á nosotros; como quien dice: los pontífices y sacerdotes tienen razon en lo que dicen; porque ¿quién le metió á él en decir que era Hijo de Dios, no lo siendo? Y si lo es, bájese de la cruz, y bájenos á nosotros tambien, que en eso se co-

nocerá que lo es; pero si él muere, y nos deja morir á nosotros, conocerémos, que cuanto ha dicho ha sido embuste y mentira. Mira, cristiano, qué alivio este para quién estaba consumiéndose en vivísimos tormentos y dolores cruelesísimos, desamparado de todo consuelo divino y humano. ¡O Madre santísima de piedad y misericordia, qué dolor tan gravísimo sentiria vuestra santísima alma, viendo á vuestro amabilísimo Hijo Jesus en medio de aquellos temblores, muriendo á manos de tantos, tan crueles y excesivos dolores, sin poder ayudarle ni aliviarle en nada sus penas! ¡Qué sentiria ese piadosísimo corazon, oyendo tanto sin número de blasfemias contra quién sabíais que era verdadero Dios! Y vos, clementísimo y benignísimo Dios y Señor, ¿qué hacíais cercado de tantas ignominias y tormentos? ¿Os quejábais, amabilísimo Redentor nuestro, de la crueldad impía de vuestros enemigos? Acaso os volvísteis á ellos, y les digísteis á aquellos malvados ministros: crueles enemigos, y mas crueles que las fieras, ya habeis hecho en mí cuanto habeis querido; ¿qué me estais afligiendo y provocando? Léjos esté de ti, cristiano, el pensar tales quejas de la mansedumbre y benignidad del Señor, porque eso fuera si su divina Magestad padeciera violento y contra su gusto; pero si padece de puro amor, y porque quiere padecer, ¿cómo se habia de quejar de la crueldad de sus enemigos? No lo creas. No solo no se indigna contra ellos, sino que les tiene gran lástima, y hace oracion por ellos á su Padre. Saca de aquí, alma, muchas doctrinas que te serán de grande fruto y aprovechamiento. Lo primero, que no deseas que te tengan lástima en tus trabajos, que son deseos de amor propio los tales, y te roban el merecimiento. Guarda en tu corazon los trabajos, porque son preciosos: ten cuidado con el propio consuelo, que es el amor propio, no te lo saque á la plaza, porque se irá con el fruto de ellos, y te dejará cargado de los mismos trabajos sin fruto y sin consuelo. Lo segundo, mira como la cruz levanta de la tierra á sus amadores, y los acerca al cielo, y así de Cristo Señor nuestro, en la tierra decian que era ladrón, engañador y traidor; y en la cruz dicen que es Rey Jesus Nazareno. El infierno, por medio de sus ministros, pretende apartarlo de la cruz, y esto lo explica con aquella palabra: baja de la cruz; con que lo mismo es dejarla, que bajar y caer; y si Cristo no la dejó, no la deges tú por todos los bienes del mundo, á imitacion de tu Señor. Lo tercero,

mira no te indignes contra los que te ponen en la cruz, que son instrumentos de la divina misericordia, que por ella te llama al cielo: tenles mucha compasion, que quizas á costa de sus almas te hacen ese bien tan grande.

344. Considera la primera palabra que habló tu Dios en la cátedra de la cruz, y mira que estas palabras son las últimas que te dice tu Padre estando para morir: guárdalas en tu pecho. Está el Señor anegado en el piélago de sus tormentos, sin hallar sobre que hacer pié, sino sobre un clavo, y juntamente hallándose cercado de enemigos que le afligen y atormentan el alma, y lleno de infinita caridad se vuelve á su Padre, y hace por ellos fervorosa oracion: Padre, perdónales, que no saben lo que hacen. ¡O amor incomprehensible! ¡O suavidad inefable! ¡O paciencia nunca imaginada de los hombres, formidable á los demonios! No solamente no se enoja contra aquellos crueles corazones, no solo les perdona, sí que pasa tan adelante su ardiente amor y caridad, que los disculpa con su Eterno Padre, y alega su ignorancia para facilitarles la misericordia. ¿Has visto semejante mansedumbre? ¿Has imaginado bondad como esta? ¡O alma! imita á tu Dios, que hace oracion por quién le mata y deshonor, teniendo por favores las deshonoras, los oprobios y la muerte: así confesándose su amor cariñosísimo, obligado de las injurias y tormentos, como de grandes beneficios, clama y ruega por sus verdugos, como por sus bienhechores: doctrina es que te enseña tu Dios: estudia el ponerla por obra si te precias de su verdadero discípulo, y teme y advierte que el Señor hizo oracion por los que no pecaban de malicia, sino de ignorancia. Teme, cristiano, pecar de malicia.

345. Considera, católico, en aquella grandísima misericordia, y piedad del Señor en perdonar á aquel ladron convertido en la cruz. Dicen San Mateo,* y San Marcos,† que los dos ladrones que estaban á los lados de su divina Magestad, uno y otro blasfemaban del Señor, y le decian muchos oprobios: que era cosa sensibilísima, y de grandísimo dolor para el Señor ver que estaban para morir, y pecaban tan gravemente, y mas sabiendo el motivo por que pecaban, que como dicen los santos expositores,‡ era por complacer á los Judíos, que blasfemaban, por si podian con la adulacion moverlos á que los quitasen de las cruces; y con todo eso vemos

* xxvii. 44

† xv. 32.

‡ S. Hil. Tit. Bost.

al uno convertido y pidiendo misericordia, y predicando la inocencia del Señor; y despues de tantas blasfemias, á sola una peticion que hizo, al mismo punto le abre las puertas del paraíso. ¡O dichoso ladron, y milagrosa conversion! Mira, cristiano, que es digna de grande ponderacion, y advierte lo que dice San Pedro Damiano, que este tan grande bien le vino de la Medianera de los hombres, la que es nuestro amparo, la que es nuestro consuelo y nuestro refugio, que es aquella dolorosísima Señora María sacratísima, que estaba entre la cruz del Señor y la del buen Ladron. Advierte asimismo lo que dice San Anselmo,* y el Cartujano, que este buen Ladron habia hecho un corto obsequio á la soberanísima Reyna de los ángeles, y esclarecida Princesa de los serafines, que fué aquel caso de cuando esta divina Señora huyó á Egipto, y dió en manos de una cuadrilla de ladrones: este buen Ladron, puesto al lado de nuestra Señora, la libró de sus manos, y tuvo tan en la memoria esta celestial Reyna aquel servicio, que ahora se lo pagó, hizo oracion por él, y por ella se salvó. ¡O Madre de misericordia! ¿Ahora os acordais de lo que pasó mas de treinta años, y estando en tantas penas y amarguras? Pero, ó clemencia y bondad de nuestra gran Señora! Eternamente vive en su memoria cualquier servicio que recibe de los pecadores. Sirvate esta consideracion de egercitar en tu alma un grande amor á María sacratísima, y grandes deseos de servirla.

346. Considera en la milagrosa conversion de este dichoso Ladron, que como lo nota el evangelio, nos da gran luz para convertirnos de veras. Empezó por el conocimiento de sus culpas, dice San Buenaventura: de aquí pasó al temor de su perdicion: de aquí pasó al amor del prógimo, y procuró ganarlo para Dios: de aquí pasó al amor del Señor, y se conformó con su divina voluntad, padeciendo con gusto el tormento de la cruz, diciendo, que justamente padecia por sus grandes pecados: de aquí pasó á la compasion del Señor: ya le amaba, y se compadecia de él, diciendo que era bueno, y que padecia injustamente: de aquí pasó á volver por la honra del Señor, y reprehendió al que le blasfemaba; y de aquí pasó á una grande confianza en la divina bondad; y lleno de seguridad hizo su oracion, no por la vida temporal, porque esa ya estaba consagrada al Señor, ni por consuelos, porque

* Anselm. de Pass. Cat. in cap. xxvii. Matth.